

Las relaciones entre Estados Unidos y Venezuela

EFRAIN SCHACHT ARISTEGUIETA

- *Faltan soltura, espontaneidad y mutua simpatía.*
- *Desacertadas actitudes hacia Latinoamérica.*
- *El Libertador proponía acción conjunta entre latinoamericanos para luego llegar a acuerdos con el Norte.*
- *Han sido mejores nuestras relaciones con EE.UU. que las de éste con nuestros vecinos; pero queda aún mucho por mejorar.*

Es un hecho incuestionable que las relaciones políticas y económicas —incluyendo en estas últimas las financieras y comerciales, tanto a nivel público como privado— entre el poderoso país vecino situado al norte de nuestro hemisferio occidental y los demás países existentes del otro lado del Río Grande, vienen adoleciendo, desde su misma iniciación, de falta de soltura y espontaneidad, así como de la mutua y deseable simpatía que nuestra condición de copartícipes geográficos del Continente demanda y aconseja.

Circunstancias sociológicas, etnográficas, históricas, psicológicas y hasta meramente lingüísticas han contribuido hasta ahora, lamentablemente, a distanciarnos, agravadas en ocasiones innecesariamente por factores personales —rara vez reprimidos— que han venido ahondando y deteriorando cada vez más la esencia de dichas relaciones.

Es en verdad un largo proceso histórico, exasperante y negativo, por cuanto debería ocurrir precisamente todo lo contrario, habida consideración de los múltiples intereses que todos nuestros pueblos tienen en común por las más diversas causas, originadas por nuestra peculiaridad geográfica.

Tal situación distorsiona y entorpece desde luego nuestro acercamiento y entendimiento en los asuntos fundamentales, entre ellos el relativo a nuestro imprescindible desarrollo, permitiendo de paso que intereses distintos a los específicamente nuestros aprovechen la coyuntura para promover y realizar aproximaciones diplomáticas, políticas y económicas postizas y circunstanciales que hasta en lo ideológico resultan exóticas, pero que evidentemente constituyen graves y delicados problemas para todo nuestro Continente. Estos problemas hubiesen podido evitarse mediante oportunas y drásticas rectificaciones por parte de Estados Unidos en su equivocada conducta hacia Latinoamérica. El caso cubano es elocuente y dramático ejemplo de cuanto afirmamos.

Respecto a la problemática internacional del hemisferio occidental vale la pena recordar la postura asumida por el máximo visionario político que en el siglo pasado tuvo el Continente, Simón Bolívar, cuando en el año 1823 proponía la celebración, pocos años después, del Congreso de Panamá y a cuyo impor-

tante evento sostenía no debía invitarse a Estados Unidos.

Esta notable idea ha sido deformada en su esencia y significación por algunos, quienes hasta han querido hallarle como fundamento un sentimiento antinorteamericano en el Libertador, lo cual es, desde luego, incierto, pues el tono mantenido en sus documentos y discursos políticos por nuestro Héroe proclaman abiertamente todo lo contrario y es obvio e incito en aquéllos su amistad y simpatía por el gran país del norte.

Lo que sí quería realmente el Libertador era reunir en Panamá a los representantes de los países del Continente para discutir sus problemas y fijar la estrategia para solucionarlos con vista a los intereses y a las características propias de los pueblos latinoamericanos, y luego discutirlos con Estados Unidos e invitar a este gran país a participar en el engrandecimiento de todos los pueblos del Continente.

Intuía Simón Bolívar, claro está, con su genialidad insuperable, todo cuanto realmente hay de diferencias entre los hombres norteamericanos y los latinoamericanos. Precisamente por eso quería evitar roces innecesarios y negativos, lo cual podría lograrse haciendo que estos últimos llegaran a un acuerdo sobre los aspectos fundamentales de la acción conjunta, para luego dialogar y llegar a decisiones sobre éstos y aquéllos. Era una táctica clara y lógica que lamentablemente fracasó por causa ajena al Libertador y cuyas consecuencias todavía estamos sufriendo.

Las relaciones entre Estados Unidos y los países latinoamericanos no han sido buenas, o todo lo buenas que hubiesen debido serlas, y es indudable que deberán corregirse las fallas culpables de este error a corto plazo para evitar consecuencias mucho mayores que las que hasta ahora hemos sufrido los americanos, pues es obvio que, de no buscar y aplicar los correctivos adecuados, llegaremos hasta la desintegración misma de nuestra unidad geográfica, con peligro para la propia estabilidad de nuestras instituciones democráticas, que hasta ahora han formado parte importante de todo el sistema interamericano.

Por lo que se refiere específicamente a las relaciones entre Estados Unidos y Venezuela, sin embargo, es cierto que el tono y las características de las mismas

difieren de las que tradicionalmente han existido entre Estados Unidos y las demás naciones latinoamericanas. Ello es también un hecho incuestionable, aunque no es fácil determinar las causas del fenómeno.

Ello no significa, desde luego, que las relaciones entre ambos países hayan sido óptimas ni que también Venezuela no hubiere sufrido el rigor de un trato injusto e inconveniente, pues evidentemente que en múltiples ocasiones así ha ocurrido. El trato comercial para nuestros productos de exportación, como por ejemplo el petróleo, ha sido poco equitativo para nuestro país, habida cuenta de diversos factores que deben tomarse en consideración; y si eventualmente se han corregido y superado circunstancias adversas en ese campo, ha sido siempre después de azarosa expectativa por parte de nuestros mercados, lo cual tampoco es aconsejable ni beneficioso para las buenas relaciones entre Estados Unidos y Venezuela. Lo mismo ocurre respecto de los términos de nuestros empréstitos y respecto del espíritu y alcance de nuestro Tratado comercial, que requiere desde hace muchos años una revisión a fondo y, sin embargo, no se logra, con el consiguiente detrimento de nuestra economía.

Pese a todo ello, es cierto, también, que nuestras relaciones diplomáticas y políticas con Estados Unidos han sido más favorables que las de este país con otros países latinoamericanos. Inclusive, en momentos difíciles vividos por nuestro país, hemos recibido oportuna ayuda norteamericana, como por ejemplo con nuestro problema de límites con la antigua Guayana Británica, a fines del siglo pasado; o con motivo de la reclamación compulsiva que por motivos pecuniarios hicieron al país a comienzos del siglo XX tres potencias europeas, actualmente en magníficas relaciones con Venezuela. En ambos casos, como en muchos otros, Estados Unidos se ha comportado noblemente para con nosotros y nos ha prestado oportuna y eficaz ayuda, y tampoco hemos sufrido intervenciones norteamericanas ominosas que hayan podido poner en peligro o en entredicho nuestra soberanía, como lamentablemente sí ha ocurrido en otros países del Continente.

Creemos firmemente que para mejorar nuestras mutuas relaciones tenemos que emprender recíprocamente ambas naciones, así como sus respectivas poblaciones, un audaz y objetivo programa de realizaciones, comenzando por un mejor y más sincero conocimiento de nuestros respectivos países y de nuestros problemas y características fundamentales. Para ello es imprescindible liberarnos de atávicos prejuicios y percatarnos de la recíproca necesidad que tenemos unos de otros y de las ventajas que ambos pueblos derivarán del Desarrollo, del nuestro, como cuestión esencial para la programación de planes más ambiciosos en el futuro.